

dudarse ménos de que Colon la plantara; porque así lo confirma su enemigo Oviedo, quien escribía esos pormenores cerca de los sitios mismos donde se obraban tales milagros, por lo que habla también de ellos con el mayor respeto, y la llama LA SANTA VERA CRUZ de la ciudad de la Concepcion (1). Especifica la época en que Cristóbal Colon levantó esa cruz. Cita el nombre del oficial de marina que, por orden del Almirante, había mandado la partida encargada de ejecutar la plantación de aquella cruz. Aquel oficial, Alonso de Valencia, vivía aún y habitaba en Santo Domingo.

Uno de los escritores contemporáneos de aquella época, el sacerdote López de Gomara, dice muy claramente que se curaban muchos enfermos con la cruz que levantó Cristóbal Colon, en su segundo viaje á la Vega; y que por eso se le dió el nombre de LA VERA CRUZ, de la que se quitaban pedazos á modo de reliquias (2). Recuerda que los Indios no pudieron arrancarla, á pesar de su número. Otro testigo muy importante con respecto á esa cruz es el mismo Cristóbal Colon. En su testamento designa el sitio donde él invocó á la Santísima Trinidad, para hacer construir en el mismo una iglesia. Y tan familiarmente conocido es de los suyos aquel sitio, que ni siquiera lo distingue por su nombre particular. Se limita á encargarse que aquella iglesia, bajo la invocación de la Trinidad, se construya, en cuanto posible sea, en el mismo sitio donde él la invocó (3) en la vega llamada de la Concepcion (4). La notoriedad del sitio, su modestia y el recuerdo de sus consuelos interiores, hacen que se abstenga de todo pormenor.

No pudo construirse la iglesia que proyectaba Colon. Los obstáculos presentados por la Corte al cumplimiento de sus tratados, la falta de las rentas que le pertenecían, privaron á su heredero de cumplir ninguna de las pías intenciones.

El hombre que había descubierto tan vastas regiones, minas de oro, cobre, plata, bancos de nácar y perlas, innumerables riquezas en las islas y en la tierra firme; el cristiano que ardía en deseos de rescatar el Santo Sepulcro y defender el Pontificado, el que proyectaba el diezmo á favor de los pobres, un hospital para los enfermos, una facultad de teología para las misiones extranjeras, una iglesia á

(1) «La Santa Vera Cruz de la ciudad de la Concepcion.»

(2) «Sanaron muchos enfermos con el palo y devoción de una Cruz que puso Cristóbal Colon la segunda vez que pasó en la Vega, que llamaron por eso de la Vera-cruz, cuyo palo tomaban por reliquias.»—Francisco López de Gomara, *Historia de las Indias*, cap. xxxiv.

(3) Cristóbal Colon.—«Holgaria que fuese allí donde yo la invoqué, que es en la Vega que se dice de la Concepcion.»—*Testamento y codicilo del almirante D. Cristóbal Colon, otorgado en Valladolid á 19 de mayo del año 1506.*

(4) No debe confundirse esta capilla, en honra de la Trinidad, á la que debían estar agregados tres sacerdotes para su servicio, con la Iglesia en honor de la Inmaculada Concepcion, bajo la advocación de Santa María de la Concepcion, que el Almirante había fundado en su Institución de mayorazgo del 22 de febrero de 1498.

la Inmaculada Concepcion, una capilla en honra de la Trinidad, se encontró completamente engañado en sus legítimas esperanzas de opulencia. No obstante el vivo fervor de su deseo, el gobernador general perpétuo, gran almirante del Océano, Virey de las Indias, no pudo ofrecer á Dios más que esa cruz de madera. Pero Dios se dignó aceptar aquella ofrenda, y tuvo complacencia en bendecir el único monumento que su piedad pudo ofrecerle en aquella isla cuyo descubridor y donador era él. El Altísimo hizo descender su gracia sobre aquella cruz, emblema del nombre y del corazón de Colon: dotóla de milagroso poder, como antiguamente á la vara de Moisés y al bastón de Eliseo. Aquella cruz obró prodigios, curó enfermedades y consoló aflicciones. Su virtud sobrenatural se manifestó hasta particularmente en sus pedazos llevados á lejanos lugares; y sin embargo quizás ninguno de los que eran curados atribuía al apóstol de la cruz, á Colon, la menor parte de ese favor del cielo.

No sorprenderá esa indiferencia á los que recuerden que de diez leprosos curados, uno solo se presentó al divino Maestro y le dió gracias. Precisamente ese carácter tan milagroso de LA VERA CRUZ fué la causa que impidió que se pensase en Colon. ¿Cómo habría pensado el público que hubiese intervenido por algo en los efectos de la virtud milagrosa de aquel leño, un hombre que había sido sacado de la isla, cargado de cadenas; aquel gobernador destituido, sumido en desgracia, muerto en la indignidad y oscuridad? Los habitantes se aprovechaban de los milagrosos beneficios de aquella cruz sin pensar en Colon, de la misma manera que se disfrutaba de las Indias, sin agradecerse en lo más mínimo. Colon juzgaba con tanta exactitud de las prevenciones propagadas contra él, que escribía pocos años ántes: «Se me ha creado tan particular reputación, que si yo hiciera construir iglesias ú hospitales, diríase que son cuevas para ladrones (1).»

Sin embargo, y esto es digno de notarse, los primeros á quienes el contacto de esa cruz devolvió la salud, eran precisamente aquellos que, siguiendo el ejemplo de Colon, honraban la cruz á cuyo pié tanto había él deseado recogerse. Sin advertirlo, su recuerdo entraba por algo en la veneración de aquel símbolo. Pero era efectivamente tal la reputación creada á Colon, que, aun entre los mismos que le debían su milagrosa curación, ninguno habría osado declarar en voz alta que se hubiese encomendado á él, junto á la cruz que su piedad había levantado.

Sea de esto lo que fuere, no hay hecho ninguno más cierto ni mejor probado que el de esta cruz milagrosa. Es imposible sospechar aquí el fraude de ninguna connivencia. No se trata aquí de una reliquia dudosa, de un objeto misterioso

(1) *Carta del almirante Cristóbal Colon al ama del príncipe D. Juan.*—Traducción de los SS. Verneuil y de la Poquette, miembros de la Real Academia de historia de Madrid.

oculto detrás de algun altar cuyo acceso impide alguna balaustrada; sino que se trata de una simple cruz de madera, levantada en una eminencia y al aire libre. No se necesita ningun intermediario para obtener sus favores. Por los medios impenetrables de su invisible poder, obra ese leño á discrecion de la Providencia, segun el mérito del suplicante. Obra ya en el mismo sitio donde la fé la implora, ya á lejanas distancias, por medio de los pedacitos arrancados de él por piadoso candor. La posterior desaparicion de esa cruz no debe debilitar absolutamente en nada la realidad histórica de sus efectos y la autenticidad de sus prodigios. ¡Cuántas reliquias gloriosas, objeto de la más autorizada veneracion, se han perdido ó aniquilado tambien con las vicisitudes de los siglos!

La fama de Colon comienza finalmente á salir del sepulcro del olvido. Nosotros esperamos firmemente que la santidad del heraldo de la Cruz saldrá un día de la historia, y que, bajo la proteccion del pontificado, recibirá solemnemente el Revelador del Globo la veneracion y los homenajes que la Iglesia decreta á los santos del Señor.

§ XII.

Pero hay más, aún despojando á Cristóbal Colon de su mision, obstinándonos en desconocer su papel providencial, no dejará la vida de Colon de ofrecer grande enseñanza bajo el punto de vista de la filosofia de la historia.

Reducido á sí mismo el Revelador del Globo, queda tambien inexplicable, misterioso, y grande como todo lo que no es de la tierra. Su vida presenta una leccion práctica de sabiduria humana y de admirable resignacion. ¡Cuánta instruccion no encierra su ejemplo!

El hombre que realizó la empresa más importante de la humanidad fué tambien el que sufrió la mayor ingratitud. Desconocido y despreciado ántes de su descubrimiento, admirado un instante ante el asombroso éxito de su expedicion; despues odiado, desposeído, encarcelado y encadenado sin motivo, si recobra la libertad, sigue sin embargo para siempre oprimido por la calumnia, la ingratitud y el desafecto real. En vano añade nuevos descubrimientos y nuevos reinos á las tierras dadas ya á España; ningun prodigio de liberalidad ni de gloria le realza ya en la opinion. Se vé abandonado de todos, porque lo es del Rey. Y el hombre que hizo á Castilla la nacion más rica del universo, se consume en la oscuridad, presa de la miseria, de los dolores del cuerpo y del corazon, inquieto por la subsistencia del día siguiente; y muere de todos olvidado sin que nadie se cuide de él. La acumulacion de sus infortunios excede á las proporciones humanas. Su infortunio

sobrepuja casi á su gloria. Con todo, ese hombre no se lamenta, no acusa ni maldice á nadie; ni siente haber nacido. Jamás la antigüedad habrá concebido un tipo tal de heroismo. Sólo el Cristianismo que le creó, puede comprenderle.

Este ejemplo nos muestra que, hasta dominando sus propias pasiones, cumpliendo con amor cada uno de sus deberes, y poniendo al servicio de las más nobles intenciones la sabiduria más firme, no está nadie exento de las tribulaciones ordinarias de la vida. El genio, la gloria la sublimidad, no preservan de los dardos emponzoñados de la maledicencia; la virtud, los dones de Dios, no libran al hombre de su condicion. Á pesar de los consejos de la prudencia más ilustrada, no se vé uno libre de la opresion ni puede apartar de sí la injusticia. El tiempo inexorable nos encorva y destruye en su camino hacia la eternidad. El curso de los acontecimientos disipa nuestras resoluciones, desvía ó gasta nuestras fuerzas. Vése uno forzado á hacer lo que queria evitar, sin poder evitar lo que queria no hacer.

El ejemplo de Colon demuestra que nadie alcanza completamente en la tierra el objeto de sus deseos. El hombre que dobló el espacio de la tierra no pudo llegar á su objeto: se proponia mucho más de lo que realizó.

Tres nobles ambiciones alimentaba Colon en su pensamiento: descubrir el Nuevo Mundo, dar la vuelta al Globo, libertar el Santo Sepulcro.

De esos tres deseos de su corazon, uno solo fué apenas atendido; porque, si descubrió el Nuevo Continente, no tuvo la satisfaccion legitima de darle su nombre. Un hombre que no habia hecho más que recoger sus palabras, se apoderó de su gloria, y los siglos no han turbado esa inicua posesion ¡la indiferencia pública ha sancionado esta expoliacion hecha al heroismo! España ignoró casi por completo las intenciones católicas del mensajero de la cruz. No se le tuvo por más buen cristiano que por gran navegante. La injusticia de sus contemporáneos se trasmitió á sus descendientes, y estos la perpetuaron hasta nuestra generacion. La obstinacion del error es tenaz como el infierno, y sin embargo, no prevalecerá finalmente.

La acumulacion de las dificultades que debió vencer Colon para realizar su empresa parece renovarse en nuestra época, para impedir que se le haga justicia. Tan fácil como fué sepultar su gloria debajo de la calumnia y la preocupacion y abandonar á un extranjero la primacia de su genio, tan difícil es hoy volver los ánimos á la verdad, borrar añejas prevenciones y obtener su rehabilitacion en la tierra.

Por de pronto, importantes documentos han desaparecido de los archivos de España, desde la impresion de las Décadas de Herrera. Ha sido rasgado el borrador del libro de las Profecias. La invasion francesa, en tiempo de Napoleon I, ha servido de ocasion ó pretexto para sensibles hurtos. Han desaparecido documentos manuscritos que nos habrian permitido exponer las grandezas espirituales del

heraldo de la cruz. El sabio canónigo de Plasencia, Pedro María Campo, murió cuando iba á escribir la edificante vida de Cristóbal Colon, y el torpe descuido de sus herederos fué causa de que perecieran los preciosos documentos que él se habia procurado. Dada la rehabilitacion material de la persona de Colon, no dejan de encontrarse obstáculos de diversos géneros que dificultan su retrato. Nombres estimados acreditan y sostienen con terquedad figuras de capricho, imágenes innobles, de repugnante inverosimilitud, colocadas en las galerías históricas y en los museos de Europa. Cada ciudad de Italia nos muestra una efigie distinta del héroe genoves.

Diriase que el raro destino de Colon le sobrevive; y que las fatigas impuestas al Revelador del Globo, en compensacion de su gloriosa tarea, los obstáculos contra los cuales luchó durante toda su vida, son igualmente impuestos á su memoria como para probar la constancia de los esfuerzos que intentan devolverle á la luz de la verdad.

Queriendo Génova levantar á Colon un monumento de su patriótico entusiasmo, ha gastado de diez años acá sumas enormes, sin poder todavía conseguir su objeto. El célebre escultor de Florencia, Bartolini, ha sido desapiadadamente arrancado por la muerte á la ejecucion de su trabajo. Despues de él, atacado súbitamente de un accidente cerebral el eminente artista encargado de esta obra, Pietro Freccia, deja su obra sin concluir. Otros escultores de mérito debían inmortalizar con su cincel algunas páginas de la vida de Colon, en el pedestal del monumento del *Acqua Verde*; la enfermedad ó el infortunio han venido á interrumpir á varios de ellos, y hécholes caer el cincel de la mano. Nosotros mismos, en medio de nuestras dolencias, siempre inciertos del día de mañana, hemos escrito, haciendo grandes esfuerzos, estas líneas tan inferiores á nuestros deseos, tan distantes de nuestra primitiva concepcion. Nuestra débil mano se apresuró no obstante, por temor de que un ensayo de correccion literaria nos impidiera terminar este trabajo. Damos gracias á Dios de lo más íntimo del corazón, por haber permitido que, á pesar del aniquilamiento de nuestras fuerzas, hayamos llegado hasta esta página.

Si la empresa de Colon aprovecha colectivamente á la humanidad la historia de su vida no es ménos útil á cada uno de los hombres en particular.

Para los espíritus superficiales ó mundanos resulta de ella la demostracion de lo fútil y transitorio de las cosas humanas; la necesidad de otra vida, que explica la presente y recompensa las obras humanas. Se vé en ella que los estímulos terrestres de la riqueza y de la fama no habrían podido resistir á la inminencia de los peligros y á la multitud de obstáculos de que triunfó una resolucion inquebrantable como la verdad; y que en los grandes momentos de la obra de Colon se ha mezclado algo providencial y misterioso, superior á su genio y á su misma volun-

tad. Este poder, que la filosofía de la historia designa con toda especie de nombres, negándole el verdadero, se llama la Gracia, en el lenguaje del Catolicismo.

Los cristianos sinceros, al reconocer la influencia manifiesta de la Gracia en los prodigios del Revelador de la Creacion, verán al mismo tiempo en su vida la mayor glorificacion individual posible del Catolicismo. Á buen seguro que desde el comienzo de la historia, ningun mortal llevó á cabo una operacion comparable por su importancia á la de Cristóbal Colon. El espíritu humano sería incapaz de concebir cómo, de aquí al fin del mundo, podría otro hombre ejecutar una empresa tan colosal. No es ménos evidente también que sólo la Iglesia, es decir el Clero en todos los grados de la jerarquía, en la completa representacion de sus poderes y de sus dignidades, concurrió á la realizacion del descubrimiento. Sólo el Clero creyó á Colon en los momentos en que la ciencia le abrumaba con sus objeciones y desdenes.

Por un efecto instintivo de las relaciones que unian á los destinos del Catolicismo el corazón cristiano y el genio apostólico de Colon, el Clero, que habia sido el profector de sus ideas, fué el consolador de sus infortunios y continuó siendo el defensor de su gloria. Diriase que anticipándose el Clero á su época, conocía que la causa de aquel seglar era la suya propia, y que, justificándole, se honraba á si mismo. Efectivamente, la vida de Colon hace resplandecer irrefragablemente la superioridad del Catolicismo; porque se encuentra en él el contacto de lo sobrenatural con el hombre. Verdaderamente que sin el auxilio de la Gracia sería inexplicable el Descubrimiento, porque es cosa admitida que Colon no poseía ningun conocimiento superior á su siglo, ningun medio náutico de que no hubiesen dispuesto ántes que él los marinos.

Ademas, su vida parece justificar de antemano al Pontificado de las acusaciones formuladas por los enciclopedistas, con respecto de su aversion á las luces y supuestas presunciones contra Galileo. La rotacion de la Tierra sobre su eje no era ni más dificultosa, ni de más compromiso para la ortodoxia que la esfericidad del Globo, admitida en principio y de hecho por el papa Alejandro VI. La teoria de la esfericidad debia necesariamente llevar el sistema de la rotacion terrestre.

Desde la eminencia de su infalibilidad, el Pontificado habia reconocido implícitamente, desde el 4 de mayo de 1493, la forma esferoidal del Globo, con el trozo de su línea de demarcacion para la particion de lo desconocido entre las dos coronas de Castilla y Portugal. Despues, con el siglo décimo sexto, aceptando la dedicatoria de la obra de *Revolutionibus orbium caelestium*; sancionaba el Sumo Pontífice, Paulo III, la base de las ideas de Copérnico. ¿Cómo será posible que, en el siglo décimo séptimo, despues de los notables progresos de la astronomía, debidos á la invencion del telescopio, hubiese la Santa Sede perseguido en Galileo la doctrina del movimiento de la tierra? Es evidente que las medidas de seguridad

que se tomaron respecto del sabio astrónomo tuvieron motivos enteramente personales. Su teoría pudo, á la verdad, prestar motivo para ello; pero es evidente que no fué la causa única ó directa. La confianza otorgada á Colon por el Pontificado Romano refutaba de antemano las imputaciones suscitadas posteriormente contra él á propósito de Galileo. Éste no ha hecho más que hacer más tangible la demostracion, ya tan concluyente, de la esfericidad del Globo.

La inefable sabiduría de la Iglesia no es ménos visible en sus juicios que la operacion de la Gracia en la misma empresa del Descubrimiento. La historia de Colon contiene la glorificacion de la Iglesia católica; muestra el espíritu de luz que guía siempre al Pontificado en la direccion de las inteligencias; da motivo para admirar la osada confianza que la Santa Sede concedió generosamente al genio de un seglar, en quien con infalible sabiduría adivinaba una mision providencial, cuando la prudencia de los políticos desconfiaba cautelosamente de sus miras y cálculos.

La vida de Colon ofrece graves enseñanzas, suscita saludables reflexiones, inspira felices enmiendas. El drama de la poética vida de ese héroe que influyó tan directamente en los siglos venideros, obra de triple manera en la imaginacion, el corazon y el entendimiento. Si el aspecto de sus prolongados reveses nos entristece, la vista de su indefinible constancia nos consuela, nos acerca á Dios. Cuando uno vé á ese sublime descubridor de lo desconocido, agobiado bajo el peso de la ingratitude, guardar con sus enemigos un silencio lleno de grandeza, conservar su primitivo candor, no perder nada de su serenidad, y de su inagotable cariño: se comprende, examinando ese nuevo prodigio, que en medio de las más terribles pruebas no despojó el Altísimo á su siervo del cingulo de valor con que habia apretado sus lomos de viajero. Conservóle la esperanza, porque él habia guardado la fé; y la poesia no abandonó su alma que dejaba el mundo. Para su recompensa interior permitió Dios que conservara su primitiva frescura de sentimiento, que el tiempo no produjera ninguna arruga en su alma, ningun endurecimiento en su razon; que no experimentara ninguna sequedad de corazon. El exceso de las injusticias sufridas no le dió aquel tinte melancólico, aquella disposicion á la misantropía y las desconfiadas prevenciones tan naturales en todos aquellos que tuvieron muchos motivos de queja de los hombres. Ese gran contemplador de la Creacion, llegado al apogeo de la experiencia humana y del conocimiento divino del Verbo, procuraba convertirse en niño por la candidez de la fé, y de su esperanza, á fin de poder entrar en el reino de los cielos.

Cuando se considera en conjunto esa vida de viajero, apóstol y mártir, cuando se vé esa poderosa inteligencia penetrada de la presencia de Dios hasta el extremo de sufrir siempre sin murmurar, porque estaba muy seguro de la retribucion inmortal de los actos realizados durante nuestra peregrinacion en el mundo, sién-

tese uno poseido de respeto, inducido á creer dócilmente y á amar sin reserva, siente desprecio ó lástima por las grandezas humanas, y por un instante se desprende de lo perecedero para aspirar á lo eterno. Por la sola meditacion de semejante vida, se reconoce que puede uno elevarse por cima de las imperfecciones y de las virtudes terrestres: digámoslo con su propia palabra, que se llega á la region de la santidad. Á un alma católica le es imposible examinar la vida de Colon sin sentirse enternecida y fortalecida al mismo tiempo. Esta emocion íntima que deriva de otra secreta tanto como de una predisposicion natural á la fé, es quizas un importante corolario de la santidad de ese gran siervo de Dios.

El estudio de esa biografía provechosa á todos los ánimos, será asunto de edificacion, especialmente para las almas cristianas. Leyendo el resúmen harto sucinto que de la vida de Colon escribió treinta años despues de él, su segundo hijo don Fernando, se conoce que está dominado por cierta emocion religiosa, á causa de lo que observa en las notas de su padre, y, por desgracia, su excesiva modestia le impide decirnoslas. Redacta su narracion con sentimiento de profunda piedad, terminala con una elevacion al Señor, y escribe, por única conclusion de su libro, estas dos solas palabras que contienen todo su sentido: ¡LAUS DEO! ¡Alabanza á Dios!